



Felipe Pigna: una cálida lección de historia

El historiador Felipe Pigna estuvo con la comunidad del Colegio y compartió una conferencia en la que las protagonistas fueron las mujeres. Fue el 13 de junio en el auditorio del Consejo Profesional de Ciencias Económicas, donde presentó su libro *Mujeres tenían que ser*. Aquí transcribimos un extracto de esa inolvidable charla de un gran referente de la historia argentina.

Este libro es un primer tomo, en realidad, de la historia de las mujeres de nuestro país, que llega hasta 1930. Es un recorrido que empieza hablando de la mujer en general, a partir de los mitos bíblicos y los mitos griegos, la mujer como un ser indeseable o maldito, de alguna manera. Algunas maldiciones son las que incluyen a la mujer en la historia, como en el caso de Pandora, esta mujer que viene a castigar a los hombres, al mundo de hombres, clásicamente vista como un ser incorrecto, como alguien que trae algo muy negativo.

Entre 1793 y 1794, tenemos a uno de los primeros traductores, si no el primer traductor argentino, que fue Manuel Belgrano, quien redactó un extraordinario texto sobre los derechos de la mujer, la inteligencia de la mujer, la necesidad de que estudie y no solo reciba educación, sino que además pueda efectivamente enseñar, que tenga la posibilidad de enseñar. Hay que recordar que la institución colonial fue muy refractaria de la educación en general y fue muy tardío el traslado de la alfabetización a América. Hay una idea falsa de que llegó el conquistador y con él vino el libro. No fue así, fue muy lento, muy para las elites. La extensión de la educación pública tiene que ver con la Revolución y bastante tiempo después, en realidad, con la Ley 1420 de fines del siglo XIX.

Hay una especie de mito de que la mujer de la colonia es una señora que está haciendo dulce o cosiendo en una casa solariega, rodeada de esclavos. Bueno, eso era el 10 % de la población, el sector rico, teniendo en cuenta que el 90 % de la población vivía en la miseria. Era 1810 y había un 40 % de esclavos que lo pasaba muy mal.

Las chicas resolvían su matrimonio a los siete años y se concretaba aproximadamente a los trece o catorce; y en los varones se decidía a los trece con quién se iban a casar. Matrimonios absolutamente por conveniencia política o económica.

Un caso interesante fue el de Mariquita Sánchez de Thompson, que unos cinco años antes de cantar el himno peleó por su amor, por su enamorado, que era el señor Thompson, su primo, además. Todo un escándalo. Le escribió a Sobremonte y se inició una cuestión legal que curiosamente salió a su favor, contra la voluntad de los padres, y se pudo casar con Thompson, lo cual no es una anécdota de alcoba, sino que es un precedente jurídico interesantísimo, que fue tenido en cuenta, y salieron varias resoluciones favorables a enamorados. Es muy curioso ver como en documentos públicos aparece la palabra *amor*, cuando

dicen que la demandante declara su amor por el señor Thompson.

Y también es interesante cómo la mujer fue intentando ocupar espacios que no le eran para nada fáciles, absolutamente. Por eso, la pregunta recurrente de ¿qué mujeres protagonizaron la Revolución de Mayo? Ninguna protagonizó la Revolución de Mayo, porque no podían protagonizarla; en todo caso, participar, pero no podían ni participar en las milicias ni en el Cabildo, ni escribir en la prensa. Acompañaban en las tertulias, hacían colectas, participaban de grupos de opinión.

Un episodio interesante en este sentido son las Invasiones Inglesas, donde aparecen algunas mujeres que actúan militarmente, como Martina Céspedes y Manuela Pedraza, que fueron galardonadas con cargos militares. Y entonces aparece la mujer interesada en la política y tratando de participar en las guerras de independencia, que como todos saben fueron durísimas guerras que duraron catorce años hasta 1824.

Y ahí tenemos algunas mujeres como Juana Azurduy, mujer extraordinaria, mujer nacida en una familia bastante bien económicamente. Estaba en una buena posición y, sin embargo, lo dejó todo para irse con su compañero de vida, Manuel Padilla, a hacer la revolución. Esta pareja de guerrilleros —según la definición de los partes de guerra españoles, los más temidos y los más eficaces guerrilleros del Alto Perú, probablemente— participó en más de noventa combates. Ella rescatándolo a él... es una película, realmente, es una vida de película increíble. Y murieron en esos avatares de hambre, y de pestes, cuatro de sus cinco hijos.

Una mujer de una enorme dignidad, una alta capacidad intelectual, política, militar, reconocida por Belgrano como teniente coronel, a la que le dio

su sable y que fue una gran operadora de Güemes, hombre que confió mucho en las mujeres, empezando por su hermana Macacha Güemes, un personaje increíble que gobernó Salta.

Hay otra mujer que me parece muy interesante, muy cercana a Belgrano, que participó en la guerra como familia, como soldado, como espía, como todo. Fue con su marido y sus dos hijos a pelear. Es muy interesante el parte que dice «dos hijos, uno del corazón y otro de la vida»; o sea, un hijo adoptado también. Muere toda su familia en esa guerra que sigue peleando, está a punto de ser fusilada un montón de veces, es ascendida y nombrada por su temeridad como una mujer de altísimo coraje. Termina la guerra en la miseria absoluta, pidiendo limosna en un templo, donde la descubre Viamonte, compañero de armas, quien dice «es la negra María», la madre de la Patria. Y consiguió la Legislatura después de cierto debate que la nombren la madre de la Patria a la negra María.

Rosas tuvo entre sus principales colaboradores y operadores políticos mujeres nada más y nada menos que a Encarnación Azcurra y a su hermana María Josefa, una operadora política importante. Encarnación fue una mujer con mucha participación política, que se animó a darle consejos a su marido, que fue la gran operadora de Rosas, cuando Rosas estaba en la Campaña del Desierto, preparando su segunda gobernación. Muy activa hasta que fallece: una gran pérdida para Rosas. Entonces aparece en escena su hija Manuelita, que fue también un personaje muy importante, con una curiosidad: era del más fuerte riñón rosista y, sin embargo, era una mujer bien tratada por los unitarios.

Manuelita era una mujer muy inteligente, que era como el primer ministro de Rosas, que atendía a los embajadores y que inclusive tuvo algunas

>> Felipe Pigna: una cálida lección de historia



diferencias con su padre en momentos críticos, como fue el horrendo caso Camila, una muy amiga de ella. Cuando se produjo este episodio, este tan tremendo del enamoramiento de Camila y del padre Gutiérrez, se escaparon los dos, y fíjense qué buena gente que eran los dos que lo que hicieron fue poner una escuela para chicos. Luego fueron denunciados, capturados... y en ese proceso de la captura, Manuelita escribió varias cartas para pedir clemencia, igual que María Josefa. Rosas no entendió esto, porque además hay que decir que fue un momento muy miserable prácticamente, ya que los unitarios también comenzaron a operar en contra de Camila. Aprovechando esa situación, escribiendo cartas, hablando del tirano de plata que permitía que las niñas se escaparan con los curas; supuestamente los partidarios del amor libre, los románticos también estaban quejosos por esta situación. Todo eso influyó en la suerte tremenda de Camila, que ya estaba embarazada. La Iglesia lo máximo que hizo fue mandar a un confesor que le dio agua bendita para que bebiera Camila, para que el bebé se salvara...

Juana Manso es la primera mujer que escribe un manual de historia, primer manual de historia que escribe una mujer. Un manual muy crítico de la conquista española y principalmente de la labor de la Iglesia durante la conquista, manual que fue prohibido, como se podrán imaginar. Es una mujer que introdujo entre nosotros varias cosas; por ejemplo, fue una de las pioneras de las revistas literarias que comenzaron muy tempranamente entre nosotros, con *La Aljaba*, de 1830. Eran revistas que se ocupaban del tema género, de qué le pasaba a la mujer frente a la guerra civil —unas cosas bastante serias e interesantes—, y ella fue una de las pioneras de este periodismo femenino y de algo muy interesante que fue la instalación de la escuela mixta por la que luchó Juana, para que pudieran compartir el aula varones y mujeres. Recordemos que esta fue una lucha que duró hasta la década del ochenta del siglo XX, en las secundarias todavía había varones y mujeres separados.

En la década del sesenta o setenta, aparecen escritoras como Eduarda Mansilla y Manuela Gorriti, que se empiezan a animar a firmar con nombre de mujer. Recordemos que las primeras obras de Eduarda Mansilla tienen nombre de varón porque las mujeres no firmaban con nombre de mujer, y ahí empieza a aparecer, particularmente, en Juana Manuela esta idea de firmar con su nombre, y evidentemente hay un cambio en la sociedad en todos los aspectos con lo que es la inmigración.

Virginia Bolten fundó uno de los primeros periódicos femeninos, anarquistas, de América Latina, que es *La Voz de la Mujer*, que tenía como eslogan «ni Dios, ni amo ni marido». Queda claro que no es que fueran todas lesbianas, sino que lo que no querían era marido. No tenían problema en tener novio, amante, compañero, no querían tener marido, muy en consonancia con la mentalidad anarquista de estar en contra de las instituciones, ¿no? El matrimonio, la

Iglesia, el Estado, etcétera. Una revista altamente interesante, y futuramente ha publicado la Universidad de Quilmes, hace poco, toda la colección completa, que serán diez números. *La Voz de la Mujer* vale la pena, vale la pena verla. Y también Virginia, una activista muy importante que participó en las huelgas de Rosario, en la gran huelga de inquilinos que se dio en Buenos Aires en 1907, una huelga de un increíble coraje, hecha sobre todo por las mujeres y los niños. Y una cosa interesante que hicieron tanto socialistas como anarquistas fue la introducción del concepto de infancia, un concepto absolutamente ausente, el niño no existía.

Y también están ahí entonces las socialistas, como Gabriela Coni, que es una mujer muy interesante, de las primeras dirigentes de un partido político en la Argentina, integrante de la conducción del Partido Socialista; y Alicia Moreau, que es una luchadora de toda la vida, una mujer de una familia de luchadores (recordemos que sus padres habían participado de la Comuna de París). Y llegó la lucha por el derecho al voto, que es una lucha muy larga y prolongada que comenzó a principios de siglo con mujeres notables como Alicia.

La mujer con más presencia en la literatura, como nuestra querida Alfonsina Storni. Una mujer altamente valiente con esto de la Loba cuando habla de ser madre soltera, el orgullo de ser madre soltera, con lo que implicaba.

El libro termina con una mujer muy valiosa y muy particular, muy luchadora, que fue Salvadora Medina Onrubia, la mujer de Natalio Botana. Una mujer que «distraía» bobinas de críticas para la protesta y participó en muchas campañas. Y como ustedes saben, Botana cometió un error muy grave, que fue apoyar el golpe de Urriburu desde las páginas del diario *Crítica*. Por supuesto, producido el golpe, Urriburu no se acordó mucho de esto y, como *Crítica* comenzó a criticar el gobierno de

Urriburu, terminaron presos, por un lado, Botana y, por el otro, Salvadora, que fue a parar a la Cárcel del Buen Pastor.

Les voy a leer una carta que le escribió a Urriburu: «Señor general Urriburu, yo sé sufrir, sé sufrir con sinceridad, serenidad y con inteligencia. Y desde ya lo autorizo a que se ensañe conmigo si eso le hace sentirse más general y más presidente. Entre todas esas cosas defectuosas y subversivas en que yo creo, hay una que se llama karma; no es un explosivo, es una ley cíclica. Esta creencia me hace ver el momento por que pasa mi país como una cosa inevitable, fatal, pero necesaria para despertar en los argentinos un sentido moral, cívico, de moral cívica dormido en ellos. Y en cuanto a mi encierro, es una prueba espiritual más y no la más dura de las que mi destino es una larga cadena. Soporto con todo mi valor la mayor injuria y la mayor vergüenza con que puede azotarse a una mujer pura y me siento por ello como ennoblecida y dignificada. Soy, en este momento, como un símbolo de mi Patria. Soy en mi carne la Argentina misma, y los pueblos no piden magnanimidad. En este innoble rincón donde su fantasía conspiradora me ha encerrado, me siento más grande y más fuerte que usted que, desde la silla donde los grandes hombres gestaron la Nación, dedica sus heroicas energías de militar argentino a asolar hogares respetables y a denigrar e infamar una mujer ante los ojos de sus hijos, y eso que tengo la vaga sospecha de que usted debió salir de algún hogar y debió también tener una madre. Pero yo sé bien que ante los verdaderos hombres y ante todos los seres dignos de mi país y del mundo, en este inverosímil asunto de los dos, el degradado y envilecido es usted y que usted, por enceguecido que esté, debe saber eso tan bien como yo. General Urriburu, guárdese sus magnanimidades junto a sus iras y sienta cómo, desde este rincón de miserable, cruzo la cara con todo mi desprecio» (Salvadora Medina Onrubia. Cárcel del Buen Pastor, 5 de julio de 1931). ■